

DISCURSO DE CONTESTACION

Por CARLOS GARCÍA FERNÁNDEZ *

I. EL HOMBRE

En el día de hoy, la llegada de un joven poeta a la Academia constituye un acontecimiento que ya de por sí sería grato, pero que resulta más grato todavía si se trata de un excepcional poeta sevillano que ha triunfado en plena juventud.

Viene una vez más a destruir el infundado prejuicio de que estas puertas no se abren a la juventud, cuando precisamente está viniendo a esta casa sangre moza, savia nueva a renovar el añoso olivo, pero sin que el mismo pierda su carácter.

Todos conocéis la calle Doña María Coronel, «orillada de naranjos donde vivió y murió Alberto Lista y nació Joaquín Caro Romeo; aquí traspasando una puerta humilde, está el Convento de Santa Inés». Así empieza en su libro de las calles de Sevilla Manuel Ferrand y continúa hablándonos de la inmediata Sor Angela de la Cruz, también vinculada estrechamente a la poesía, en la que nacieron Narciso Campillo y Fernando Villalón y donde vivió Rafael Lasso de la Vega, casi olvidado en su patria, muy cerca de donde vino al mundo Baltasar del Alcázar.

«Zona de privilegio, erizada de espadañas, con calles claras para pregones, entre conventos, palacios y presencia en el recuerdo y la leyenda de unas mujeres extraordina-

* Secretario 1.º de la Corporación cuando leyó este discurso y Vicedirector en la actualidad.

rias: Estrella Tavera, María Coronel y esa zapaterita a lo divino que fue Angela de la Cruz.»

Poco más tendríamos que decir de la calle después de lo dicho por Ferrand, pero en el número 23 de la misma, en una casa sevillana con macetas de aspidistras y cancela de hierro forjado, el 21 de noviembre de 1940, nace un niño, hijo de Joaquín Caro y Reyes Romero, sevillanos ambos, de la Macarena. Este niño se bautiza en Santa Catalina. Es su padrino don José Madrid Villatoro que antes lo había sido de la boda de sus padres, hermano del matador de toros, malagueño, Paco Madrid, lo que pone la semilla en el niño de su futura labor de crítico taurino, labor que no desdeñó el patriarca de las letras sevillanas, don Luis Montoto y Rautenstrauch.

Las primeras letras las aprende en el colegio de las monjas de San Vicente de Paúl de la calle Socorro, donde hace la primera comunión y más tarde, en diciembre de 1971, se casa con Inmaculada Rodríguez Guzmán, natural de Ronda, ciudad a la que tiene dedicado su último libro, que es una guía en que no se sabe que admirar más, si el primor de las fotografías o la justeza poética del comentario.

De su matrimonio tiene Joaquín Caro tres niñas, la segunda y la tercera, gemelas.

Mas volvamos a su vida escolar, que continúa en los Hermanos de las Escuelas Cristianas hasta que arriba al Bachillerato en el Colegio de los Escolapios en la Plaza de la Paja, en el palacio que fue del duque de Osuna, recientemente derribado.

Por este colegio, medio siglo antes había pasado un tímido estudiante, el gran poeta Luis Cernuda, que recuerda en «Ocnos» al padre Antonio, profesor de Preceptiva Literaria que despertara en él una vocación que había de llevarle a las más altas cumbres de la poesía. Allí se despierta también, al olor del maravilloso magnolio del jardín, la vocación literaria de Joaquín Caro Romero. Las otras disciplinas le producen tedio, sólo le gustan la literatura y el dibujo.

Pero volvamos a la calle Doña María Coronel, la más adecuada para el nacimiento de un poeta, que en el tercer tramo de ella que, según Alvarez de Benavides, se llamó del Marmolillo, los dos anteriores eran de Santa Inés y del Arco de San Felipe. Nace en una casa lindera con el Palacio de las Dueñas, donde el 25 de julio de 1875 había nacido Antonio Machado. Desde su cuarto se ven ese huerto y ese jardín que permanecen en la obra del llamado gran poeta de Castilla, porque la cantó en verso en forma paralela a como la había cantado en prosa Azorín, pero que como dice Dámaso Alonso, lleva inserto continuamente en su obra el recuerdo de ese huerto y jardín sevillanos.

Todos hemos acudido alguna Nochebuena al Convento de Santa Inés esperando que se repitiese en el momento de alzar la hostia el sacerdote, el milagro de que maese Pérez tocase sus maravillosos acordes en el órgano, tal como lo recuerda Bécquer en la más hermosa de sus leyendas.

Venido al mundo en esta calle, pudo decir el gran poeta Jorge Guillén, en un prólogo en verso a su antología «Vivir sobre lo vivido»:

*Viendo nació el poeta
cómo en su mundo inmediato
la gracia se da completa.*

Estos versos son parte de una semblanza prólogo y recogen sintéticamente el encanto de este barrio que conocía Jorge Guillén mucho por ir con frecuencia a visitar a una tía suya monja profesa en el convento de las Carmelitas, donde, por cierto, había otro magnolio maravilloso que le inspiró una poesía.

Esta gracia poética es la que hace que Joaquín Caro Romero a los quince años empiece a colaborar en «El Correo de Andalucía», hasta los veintidós, y que en estas primeras colaboraciones llame poderosamente la atención del que había de ser su maestro y mentor de sus primeros pasos, Rafael Laffón.

Siguió en «El Correo de Andalucía» hasta los veintidós años, que pasó al *ABC*, donde ahora trabaja. Ha publicado diez libros y ha colaborado en «Insula», «Caracola», «Blanco y Negro», «Cuadernos de Agora», «Poesía Española», «Azor», «Rocamador», «Semana» y otras muchas revistas; creó con su maestro Rafael Laffón la colección «La Muestra» y ganó en 1961 el premio Sánchez Bedoya, de esta Academia; en 1963, el Miguel Mañara de la Hermandad de la Santa Caridad; en 1965, el premio Adonais; en 1967, el premio José María Izquierdo del Ateneo de Sevilla. Premios obtenidos todos por votación unánime y entusiasta, aparte de otros menores en que no nos detenemos. Poemas suyos han sido traducidos al italiano y al francés, y figura en importantes antologías poéticas —nacionales y extranjeras—, diccionarios y enciclopedias que sería polijo enumerar.

Le han dedicado semblanzas poéticas Jorge Guillén, a la que hemos aludido antes, y Gerardo Diego en «El Jándalo», que por cierto, viene junto a la que generosamente este gran poeta hizo de mí, semblanza de Joaquín que por su gracejo no me resisto a copiar. Así en un ovillojo nos dice:

Tan de Sevilla Arlequín

JOAQUÍN

lleva en la cara el descaro

CARO

de quien con aire torero

ROMERO

acaba —ella al retortero—

de quitarse la careta

y presumir de poeta

por JOAQUÍN, CARO y ROMERO.

Le han elogiado Antonio Tovar, Guillermo Díaz-Plaja, José Luis Cano, nuestros Juan de Dios Ruiz-Copete y Francisco López Estrada y otros muchos críticos, pero repetimos que su verdadero padrino en la poesía fue Rafael Laffón, para el que hemos pedido al Ayuntamiento de Sevilla, hace tiempo, el rótulo de una calle.

Vicente Aleixandre le hizo su mandatario para recoger el 20 de enero de 1978, el nombramiento de Sevillano de Honor para celebrar la concesión del Premio Nobel.

Este es Joaquín Caro Romero.

II. EL POETA

Su poesía es clara, limpia, transparente, sin caer en excesos de novedades efímeras, pero sin incidir en arcaísmos. Su prosa es una prosa de poeta, puesto que periodista y narrador lo es por añadidura, su condición definitiva es la de poeta.

Nuestro crítico dice que «con una palabra afilada, hiriente, pero sin desgarrar, el poeta horada la superficie tosca roma de unas estructuras en las que el hombre se siente solo en su bullicio, insolidarizado como un transeúnte». Así lo define Juan de Dios Ruiz-Copete.

Su poesía es la de un continuador de esa escuela de que tan certeramente nos ha hablado, esa escuela que dio gracia sevillana a las estrofas concebidas con rígidos moldes de Grecia y de Roma, pero un poeta moderno del que se ha dicho que es del tiempo y del amor.

Del tiempo sí, porque como dijo Antonio Machado, la labor del poeta no es otra que la de mantener la palabra en el tiempo, eternizándola y restando al momento lo que tiene de fugitivo:

*Se diría que el tiempo
no sale de esta alcoba
que es más bien el espacio
quien se mueve y transforma.*

Como el tiempo no le preocupa, acude a las ruinas de Itálica, a la que nos dice que llega con dos mil años de retraso, «pero a tiempo de hallarla», porque le aguardaba desde antes de su llegada con el maravilloso precedente de su homónimo Rodrigo Caro.

Abundan los temas sencillos, en aquello que Ortega llamó

primores de lo vulgar, encontrando la honda palpitación poética a través de lo cotidiano y así canta a una casa de vecindad:

*...la casa guardaba
de la pobreza el estilo,
en un patio para todos,
abierto, cuadrado, limpio.*

Y en estas poesías que cantan las cosas sencillas, hay un evidente sentido social no en los términos de utilización política y de rebeldía, sino en unos términos humanos y con sentido cristiano que tratan de ennoblecer la pobreza y hacernos ver todo lo que hay de hermoso, heroico y noble en ella. Es un espíritu el de estos versos que nos recuerda el de algunas descripciones de Fernán Caballero en sus novelas, ya que como dijo Azorín, esta autora supo dignificar la pobreza librándola de todo el desprecio que habitualmente existe hacia ella.

Así hay un soneto que no resistimos a la tentación de leer.

LA CESTA DEL ALMUERZO

*Estuvo ayer tu vida, amor, compuesta
de cosas muy sencillas, muy humanas:
salir a trabajar por las mañanas
con el almuerzo dentro de una cesta.
Yo te quería así, mujer modesta
de condición, de origen, con semanas
de sueldo escaso, de fatiga y ganas,
dejando al hijo con la mesa puesta.
Qué pocas alegrías, cuánto esfuerzo
encerraba la cesta del almuerzo
—agua de agosto en una humilde zanja.
Y lloro al recordar la cacerola
y el pan y la cerveza y la naranja
que hablan de ti desde la cesta sola.*

Mas aparte del tiempo y las cosas humildes, como dice acertadamente Juan de Dios Ruiz-Copete, a partir de su tercer libro «El tiempo en el espejo», incorpora una nueva perspectiva, la del amor. Ambientalmente este libro es una vindicación de la poesía amorosa cuando ya parecía asistirse a sus exequias.

Es acertada la observación y siente y canta el amor en ausencia, no con el dolor de Don Quijote cuando se sentía «ferido de punta de ausencia», sino más natural, menos afectado, recordando al ser amado con cierto fetichismo.

*Te huelo y no te encuentro en tu vestido.
Viento de decepción, carne de ausencia.
La soledad, el fin, la consecuencia
por las caricias que aquí faltan mido.*

Y más adelante,

*Aquí el peine, la sortija,
vacíos de dedo y melena,
restituyendo una llama,
suplantando una evidencia.*

Mas no siempre es la ausencia la que mueve su inspiración, sino la presencia física y material. Si en la ausencia dice que se sacude la niebla de un sueño que nunca duerme, en la presencia nos habla de

*...el instante supremo
en que los cuerpos parecen
astros sin paz ni gobierno.*

o cuando muchacho aún dice a una mujer mayor que él:

*Llévame a tus treinta y cinco
años, enséñame cómo
el tiempo es de cerca visto.*

Y en otra ocasión ve la realidad como cuerpo y tiempo cumpliéndose en la materia, prodigándose, ganando batallas.

Cierto que puede alegarse que algunos de estos versos están en los amables linderos de lo escandaloso, pero no es así porque su calidad poética frena todo lo que en ellos puede haber de atrevido.

Finalmente, hay un hecho que recoge de la prensa: en un pueblo de un condado húngaro ha sido descubierta una tumba con dos esqueletos estrechamente abrazados desde hace mil trescientos años.

La noticia conmueve al poeta y ante ello expresa su sorpresa de saber cómo dos vivos tenazmente abrazados perdieron la vida, preguntando: «¿a qué precio?», y nos dice que han aprendido a ser eternos amándose.

Es un poema breve y patético que trae a nuestra memoria aquel canto de la *Divina Comedia* en que Dante dialoga con Paolo y Francesca de Rímíni, condenados por haber sido sorprendidos por la muerte en un momento de amor ilícito.

No es un poeta de tantos Joaquín Caro Romero, no es uno de esa serie de poetas que dijo Pemán que si se barajaban las poesías y las firmas sería fácil la confusión y muy difícil distinguirlos.

En sus versos hay un propósito:

*Me propuse salvar unas palabras,
resucitar una emoción,
defender algo bello o algo justo.*

III. EL DISCURSO

El discurso que contestamos es un primor. En primer lugar viene el recuerdo al Académico que le precedió en su sillón, que es precisamente Rafael Laffón, el que fue su maestro y guió sus primeros pasos en los términos que con toda sinceridad nos acaba de relatar. Rafael Laffón, a quien el Ayuntamiento de Sevilla, presidido por don Mariano Pérez

de Ayala homenajeó con motivo de haberle sido otorgado el Premio Nacional de Literatura.

Estudia en el discurso Joaquín Caro, la profunda sugestión por la antigüedad clásica en la poesía sevillana y empieza recordando cómo nació la Academia Horaciana, más tarde convertida en la de las Letras Humanas.

Mas se remonta a los tiempos primitivos de la Escuela Sevillana, y empezando por Gonzalo Martínez de Medina y Juan de Mal Lara, Menandro bético, sigue para detenerse en Juan de la Cueva, en Jiménez de Enciso, en Bermúdez Alfaro, hasta llegar a Arguijo, el gran prócer «Mecenas claro y divino Orfeo», que dominó como nadie el soneto y pasa a Fernando de Herrera, uno de los grandes poetas de la lengua castellana que es el creador de la escuela poética de Sevilla y que es un intelectual en el sentido moderno de la palabra, ejemplo vivo de vocación, cuya maestría tiene dos temas capitales: el amor y la patria, especialmente la patria chica, ya que su entusiasmo por Sevilla no tiene límites.

Menéndez Pelayo estima, con otros críticos, que los gérmenes del gongorismo que estaban ya en Garcilaso, se amplían en Herrera, así que podemos decir que éste es un puente entre Góngora y Garcilaso; su más clara virtud es su sensibilidad al espectáculo natural que hace que seguramente esta fusión del alma con el paisaje sea, según Díaz-Plaja, una anticipación romántica de Herrera.

Nos habla también de Francisco de Rioja, poeta riquísimo en adjetivos que trae una gracia nueva a la poesía, presentando bellos espectáculos plásticos y que, según el citado Díaz-Plaja, hay que llegar varios siglos después hasta Juan Ramón Jiménez para encontrar algo análogo. Sus descripciones de las flores, la rosa, el clavel, el jazmín, pensamos nosotros que son un precedente de aquellas flores en que se detiene con cierto gusto voluptuoso Federico García Lorca.

Rodrigo Caro, con sus varias versiones del poema «Las Ruinas de Itálica», que estudió en un primoroso trabajo el catedrático don Antonio Sánchez y Sánchez Castañer; Francisco de Medrano, el más horaciano y el más latino, Fernán-

dez de Andrada, Jáuregui, todas las glorias poéticas hispanolusas y de un salto viene al segundo período de la gloriosa escuela sevillana con la creación de las Academias, haciéndonos ver que estas Academias no gozaban del fervor popular y eran en algunos casos objeto de críticas y hasta de mofa; y salen el canónigo don Manuel María de Arjona, con grandes conocimientos mitológicos y cuidadosa redacción formal en sus poemas; Reinoso, Fileno, que es otro de los grandes poetas de este período y Blanco White, persona tan interesante en su aspecto humano y sus contradicciones como en su labor literaria.

Y el Abate Marchena, al que Menéndez Pelayo en su historia de los heterodoxos censura acremente su postura impía y revolucionaria que le hizo estar tan cerca de la revolución francesa, pero alaba su estilo y sus conocimientos de los clásicos con verdadero entusiasmo, porque para el gran polígrafo la mayor heterodoxia era la de escribir mal y además porque nos dice que prefería estas posturas abiertamente contrarias a la fe católica que la de ciertos clérigos que embozan su pensar sin querer definirse como realmente eran.

Del Abate Marchena recordamos haber visto las obras en su primera edición en el despacho del letrado de Utrera don Francisco Cuéllar Linares, padre del que fue nuestro maestro en el foro, que las tenía en mucha estima por razón de paisanaje si bien nos aclaró que tenía autorización del Arzobispado para leerlas, puesto que las tales obras estaban en el índice de libros prohibidos.

Al Abate Marchena nos lo describe como un personaje feo y deforme Pío Baroja en una de sus obras históricas noveladas de las «Memorias de un Hombre de Acción». Una especie de enano gesticulante, picado de viruelas.

Todo esto pasa estudiado con detenimiento en el discurso de Joaquín Caro y otros muchos poetas menores que revelan su cultura extensísima.

Llega a la revista «Grecia» y nos describe hasta su portada, pero hay un olvido, el de su director, el poeta Isaac del Vando, al que nosotros hemos dedicado un pequeño

trabajo, ya que es injusto el olvido en que se tiene al creador de esta publicación.

Cierto que en «La Toriada» de Villalón se trata míticamente el tema taúrico, pero en ello hay una clara influencia de la novela «Los Bestiarios», de Henri de Montherlant, publicada tres años antes en España.

Llega finalmente Adriano del Valle y Rossi, nuestro gran amigo, cuya conferencia famosa del Ateneo tenemos el orgullo de haber organizado, y recoge sus pretensiones de romano, a veces un poco cómicas. Tampoco se puede olvidar que el torero escritor Ignacio Sánchez Mejías tenía en su cabeza «aire de Roma andaluza», según la elegía de Federico.

El recorrido del discurso es completísimo y el reflejo de Grecia y Roma en la poesía actual es continuo. Porque es lo clásico y lo clásico no muere, según definió Juan Ramón Jiménez al decir que lo clásico es lo vivo.

Demos la bienvenida a este joven poeta, cuya obra y vida hemos rápidamente estudiado y que tiene algo más valioso todavía que ella, un porvenir en su dedicación a las letras que le dará días de gloria a él y, por reflejo, a nuestra Casa.